

**MISIONES RELIGIOSAS Y ARAUCANIA. PERSPECTIVAS PARA  
EL ENFOQUE HISTORICO DE UN ESPACIO REGIONAL (\*)**

**Fray Sergio Uribe Gutiérrez**  
Archivero de la Orden Capuchina  
de Chile.

**Jorge Pinto Rodríguez**  
Universidad de La Frontera de  
Temuco.

En este trabajo perseguimos un doble propósito. Por una parte, exponer las líneas gruesas del criterio que orienta la investigación que en el campo de la Historia estamos realizando en la Universidad de la Frontera; y, por otra, dar cuenta de dos archivos conventuales -el archivo de los franciscanos de Chillán y el de los capuchinos que se instalaron en la región en la segunda mitad del siglo pasado-, cuya consulta nos parece abrirá nuevas perspectivas para el enfoque del espacio regional que ahora nos interesa. Por razones de espacio, en esta oportunidad prestaremos mayor atención a las misiones capuchinas y a su archivo, teniendo en cuenta también que son menos conocidas por los estudiosos de estas materias. La primera parte del trabajo tendrá, pues, el carácter de una propuesta que deseamos discutir aquí; la segunda, en cambio, se referirá puntualmente a un tipo de misión y a la documentación que de ella quedó.

(\*) Esta ponencia resume los primeros resultados de un proyecto de investigación titulado "Las misiones franciscanas en la Araucanía, 1757-1848", que cuenta con el apoyo de la Dirección de Investigación de la Universidad de la Frontera de Temuco. Coinvestigadora en este proyecto es la profesora Holdenis Casanova Guarda.

**LOS CRITERIOS ORDENADORES DE NUESTRA INVESTIGACION.**

Los criterios ordenadores de nuestra investigación tienen su origen en dos pequeños estudios que hemos realizado sobre la Araucanía este último tiempo. El primero, una aproximación al bandolerismo en la segunda mitad del siglo pasado, nos dejó la impresión de una región de comportamiento alterado por una serie de factores vinculados a la incorporación de la zona al resto del país. Esta incorporación, debida a la necesidad, según nosotros, de integrar una región que podía contribuir a sostener el modelo exportador del país, generó conflictos económicos y sociales que se manifestaban en fenómenos como el que estábamos estudiando en aquella ocasión (1).

El segundo, el análisis de los hechos ocurridos en la época en que el obispo de Concepción, fray Pedro Angel de Espiñeyra visitó la diócesis (1765-1769), nos mostró, en cambio, una situación del todo diferente. A pesar de la rebelión de 1766, la Araucanía parecía ser territorio de paz (2). Diversas fuerzas actuaban en su interior, todas las cuales compartían el espacio provocando una suerte de equilibrio que, en nuestra opinión, aseguraba la paz.

La lectura de viajeros y de otros trabajos aparecidos en estos últimos años, la consulta posterior de otros archivos y la discusión que hemos sostenido al interior del grupo que está trabajando en esta investigación en la Universidad de la Frontera, confirmó nuestras primeras apreciaciones, las que terminaron, al fin, convirtiéndose en los criterios ordenadores de otras investigaciones que estamos proponiendo desde nuestra Universidad.

Estos criterios los podemos resumir hoy en cuatro puntos.

- a) Desde el siglo XVII adelante, la Araucanía deja de ser un territorio exclusivamente mapuche. Empiezan éstos a compar-

tirlo con otros elementos venidos desde afuera que se instalan en la región o presionan a los mapuches para que reordenen sus vidas en función de los nuevos intereses que traen consigo. Entre estos elementos habría que citar a los misioneros, al ejército de la frontera, a los comerciantes y a los funcionarios de todo tipo, civiles o eclesiásticos que se instalan en la Araucanía. Mirar la región sólo desde la perspectiva mapuche conduce a deformar la realidad, más aún si no se tienen en cuenta las transformaciones que sufre la propia sociedad mapuche, la mayoría de las cuales tiene que ver con el contacto a que recién hacía referencia.

Para entender los problemas de la Araucanía pienso que hay que prestar debida atención a todos los elementos que empiezan a convivir en ella. En cierta medida hay que "desindigenizar" el espacio. Esto al margen de la conciencia que tenemos de todas las injusticias que se cometieron con los mapuches, empezando por la primera: haberles arrebatado su espacio sin su consentimiento. Eso no está en discusión; sólo cabe remediarlas; pero, para intentarlo creo que hay que hacer un esfuerzo por entender lo que ocurrió en la Araucanía, teniendo en cuenta a todas las fuerzas sociales que actúan en ella.

- b) Los elementos anteriores tienen intereses particulares; pero a todos conviene la existencia de un espacio semi integrado al resto del país. La mayoría se justifica por ello, generando una suerte de concertación o equilibrio, que de alguna manera integra interiormente el espacio. No se excluye de la concertación a los caciques, cuya función dista de ser la que tuvieron en el siglo XVI. Al perder la sociedad mapuche un cierto carácter democrático que parece haber tenido anteriormente, el cacique legitima incluso su poder a través de las relaciones que mantienen los indígenas con las otras fuerzas sociales que invaden la Araucanía, facilitando la integración a que recién hacía referencia.

Se trata por cierto, de una integración precaria, carente de un eje económico que oriente el comportamiento de la región,

pero, integración al fin, en la cual ningún elemento puede desconocer al otro. Se podría hablar de una especie de complementariedad que se combina al dominio que una clase ejerce sobre el espacio, impidiendo que predomine sólo lo último, como ocurre donde una determinada actividad económica genera relaciones sociales que terminan en una hegemonía de clase.

- c) El equilibrio anterior asegura la paz que predomina en la Araucanía desde mediados del siglo XVII. Los períodos de actividad bélica que se producen, surgen, justamente, cuando alguna de las fuerzas sociales que operan en su interior rompe el equilibrio al tratar de imponer sus intereses particulares.

Al respecto, es interesante detenerse a examinar la rebelión de 1766. En nuestra opinión esta se habría producido al insistir jesuitas y miembros del ejército en una política fundacional que sólo convenía a ellos, desconociendo los intereses de los otros sectores con quienes estaban compartiendo el espacio. Las misiones jesuitas estaban lejos de alcanzar el éxito esperado y el ejército, de un costo altísimo, eran un quebradero de cabeza para las finanzas del reino. Esto alentó un proyecto fundacional, basado todavía en una antigua propuesta para el valle central y no para la Araucanía, que naturalmente provocó airadas reacciones y un conato de rebelión que amenazó la paz interior. Lo interesante del caso fue que el obispo Espiñeyra, la iglesia y los vecinos de Concepción, se concertaron, junto a otras autoridades y a los caciques, para devolver a la región el equilibrio que habían roto los jesuitas y el ejército. El proyecto fundacional se postergó y la paz retorna a la región.

Casi cien años después, entre 1848 y 1850, cuando el gobierno chileno contrata a religiosos capuchinos para misionar la Araucanía, se vuelve a producir una situación interesante.

Las autoridades civiles establecen el Cautín como límite entre los nuevos misioneros y los antiguos franciscanos. Estos últimos se apresuran y tratan de establecer una misión

en las riberas del río mismo. De ello se encarga el padre Querubín María Brancadori, quien el 9 de diciembre de 1849 celebra contrato con los caciques para formalizar la fundación de la misión de Imperial. Sin embargo, Brancadori no sólo trató con los caciques. Parla menta también con las autoridades de gobierno, con los capitanes de amigos y con otros entendidos en la materia. Es decir, con todos aquellos que están compartiendo ese espacio. El fracaso de cualquier misión, decía más adelante el padre Victorino Palaviccino se debía a la violencia con que se trataba de imponerla. Por la convicción, agregaba Palaviccino, se podía conseguir mucho más. El mismo padre Brancadori fue acusado más tarde de haberse involucrado en la revolución de 1851 en favor de las fuerzas rebeldes, argumentándose que habría participado en los alborotos armados por los indios. Brancadori negó lo anterior, señalando que su única intervención se había limitado, en lo que a su contacto con los indígenas se refiere, a recibirlos en Nacimiento, donde había sido vitoreado por ellos debido al prestigio que tenía entre los mapuches. Conocedor de la lengua y las costumbres indígenas, Brancadori pasó a ser un elemento más del paisaje humano de la región. Para atacar algunos problemas de la Araucanía las autoridades de gobierno no sólo debían tratar con caciques, sino también con hombres como él, convertido al fin en un elemento más de los tantos que se movían en el espacio. El equilibrio entre ellos aseguraba la paz en la región (3).

- d) El equilibrio y la paz anteriores se rompen en la segunda mitad del siglo pasado cuando una fuerza externa barre con aquellas que habían permitido la integración del espacio.

El punto de partida de este nuevo proceso parece estar en la crisis de 1857-1861 y las expectativas que ofrecen los mercados externos a ciertos productos chilenos.

La crisis habría obligado a los grupos dirigentes, incapaces de cambiar el modelo de crecimiento hacia afuera que tenía Chile, a buscar nuevas regiones donde producir lo que requerían los mercados externos. Las expectables condiciones de

éstos estimulaban los anhelos anteriores, a pesar de la crisis coyuntural por la que atraviesa el país.

Todo esto lanza a los grupos dirigentes del centro del país a la ocupación de la Araucanía. Se ocupa, pues, en la segunda mitad del siglo pasado una región que consigue así integrarse al valle central. El costo de esa integración recae, sin embargo, sobre el espacio interior. La antigua integración da paso a una desintegración que todavía la región parece no superar definitivamente.

Los criterios ordenadores que acabamos de exponer dan sentido a una investigación sobre las misiones franciscanas en la Araucanía, que actualmente realizamos gracias al apoyo de la Dirección de Investigación de la Universidad de la Frontera de Temuco. Le da sentido por dos razones.

En primer lugar, porque al definir las misiones como un elemento relevante en el espacio que estamos analizando, su estudio importa no sólo en lo que a las misiones o asuntos de la Iglesia tenga que ver, sino con todo lo que ocurre en la región. Si las consideramos parte integrante del espacio, es legítimo aspirar a construir, a partir de ellas, un conocimiento sobre el espacio del cual forman parte. Si fueran extrañas, cosas que en nuestra opinión no ocurre, las apreciaciones de misioneros y los papeles relativos a las misiones tendrían el carácter de testimonios extraños, ajenos a la región. No es este el caso.

En segundo lugar, porque a partir del criterio anterior, asignamos a la documentación misional un carácter distinto al que le asignaríamos si las consideráramos de manera diferente. Siguiendo el último planteamiento formulado en el párrafo de más arriba, cambia la sensibilidad del historiador frente a las fuentes misionales. Tienen para nosotros el valor del testimonio de un protagonista y no el de un simple espectador. De esto deriva, pues, la importancia que asignamos a una investigación sobre las misiones, cuyos resultados, estamos seguros, ayudará a comprender de mejor manera muchos

problemas de la Araucanía. Prestando atención primero a las misiones franciscanas y, luego, a las capuchinas. Estas últimas llegan y operan durante una época de extraordinaria importancia para la zona. Por eso en nuestra investigación hemos desbordado las primeras para llegar hasta las segundas.

### **LAS MISIONES RELIGIOSAS EN ARAUCANIA.**

Una de las preocupaciones más constantes de la corona española en tierras americanas, fue la de dotar estos territorios de misioneros. Y este último rincón de sus colonias no fue una excepción. Con los primeros soldados llegaron también los primeros evangelizadores.

Poco después de la fundación de la ciudad de Santiago llegan los religiosos franciscanos a establecerse en ella, en octubre de 1553(4). Y algunos años más tarde los vemos ya establecidos en tierras de Arauco, evangelizando a los indígenas.

Los jesuitas vienen en el año de 1593 a compartir el mismo campo de apostolado trabajado hasta entonces por los hijos de San Francisco. Los jesuitas se extendieron por todo el territorio araucano y llegaron más allá de sus fronteras sembrando la semilla del evangelio en sus correrías apostólicas. Trabajaron en Arauco hasta el año de 1767, fecha de su expulsión de los dominios de España.

En la época de nuestra independencia nacional las misiones de Arauco estaban confiadas a los esfuerzos apostólicos de los recoletos franciscanos del colegio de propaganda Fide de Chillán. Este Colegio de Chillán, famoso y benemérito por muchos títulos, preparaba a los religiosos que después pasaban a servir las estaciones diseminadas por todo el territorio araucano.

La mayor parte de los religiosos de este Colegio era españoles. Durante la guerra de la Independencia muchos de

ellos prefirieron permanecer fieles al Rey de España. Cuando se consolidó la emancipación nacional, algunos de ellos fueron expulsados del país y otros prefirieron volver a su tierra de origen por resultarles muy incómoda la vida en Chile independiente.

Este hecho influyó en forma determinante en la atención de las estaciones misionales de Araucanía. Los religiosos que quedaron a cargo de ellas, disminuidos notablemente en número, iban envejeciendo y no eran sustituidos.

La situación jurídica que rigió las misiones permaneció semejante a la que se tenía en tiempos de la colonia: si bien el trabajo apostólico y evangelizador era orientado por la iglesia y su jerarquía, los misioneros estaban bajo la dependencia económica del gobierno chileno y eran considerados funcionarios del mismo.

Tampoco varió mucho la intencionalidad doble que sustentaba esta institución: por una parte, el misionero pretendía y buscaba objetivos específicamente religiosos y evangelizadores, queriendo formar de los indígenas una sociedad convertida al Evangelio que viviera sus valores fundamentales. Por su parte la autoridad civil chilena, como antes la colonial, veía en la acción de los misioneros una buena forma de someter a los habitantes de Arauco para civilizarlos, como se dice en muchos documentos de la época; o al menos para limar las muchas causas de asperezas y roces que se daban entre la república y la comunidad mapuche.

Ante la reducción de personal misionero entre los recoletos franciscanos, el gobierno chileno se convenció que no podría lograr los objetivos civilizadores que se proponía; y vió la imperiosa necesidad de acudir a otros medios para mantener esta institución que según el testimonio de siglos anteriores, había resultado positiva y benéfica.



### LA LLEGADA DE LOS MISIONEROS CAPUCHINOS ITALIANOS.

La Santa Sede y el gobierno chileno estaban interesados igualmente en las misiones de Arauco. El Papa de aquellos años, Pío IX, las había conocido de cerca y había demostrado particular interés por ellas cuando estuvo en Santiago siendo aun el canónigo Mastai-Ferretti. El General Prieto, durante los años de su gobierno, dio algunos pasos para consolidar y fortalecer las misiones, pero éstos no lograron el fruto deseado (5).

En 1837 se buscó un grupo de misioneros franciscanos italianos, que de hecho vinieron a compartir con sus hermanos el trabajo apostólico encomendado hasta entonces al Colegio de Misiones de Chillán.

Cuando el contrato con estos religiosos ya estaba concluyendo -se había pactado sólo por diez años- el Presidente don Manuel Bulnes encomendó a su ministro plenipotenciario don Ramón Luis Irarrázabal que gestionara en Roma la venida de alguna institución religiosa que asumiera el trabajo evangelizador de Arauco. Esta comisión dada por el gobierno a su embajador pretendía en ese momento ser una simple solución urgente y de suplencia al escaso número de misioneros franciscanos.

El día 16 de febrero de 1848 se firmaba en Roma un convenio entre el gobierno chileno y la Orden Capuchina. Según dicho contrato la Orden de capuchinos se comprometía en enviar, a la brevedad posible, doce misioneros idóneos que, por un mínimo de diez años, estuvieran al servicio de las Misiones de Arauco, excluyendo otros servicios como los colegios o la administración. El Gobierno se comprometía, por su parte, a costear los gastos ocasionados por el traslado desde Italia de estos doce misioneros, como también asumía la responsabilidad de entregarles los elementos necesarios para su labor misionera y la de mantenerlos a base de un sueldo mensual de 29.- escudos, cantidad que podría ser superior si los dichos misioneros "lo merecen por su conducta ejemplar, celo y asiduidad en el cumplimiento de sus deberes" (6).

Con bastante prontitud, como se había estipulado en el convenio, el día 23 de abril de ese mismo año de 1848, salió de Génova la primera expedición misionera de capuchinos a Araucanía. Venía presidida por el Prefecto Apostólico padre Angel Vigilio de Lonigo, de la Provincia capuchina de Venecia y estaba formada por religiosos de varias regiones de Italia. La travesía fue larga y dificultosa. Seis meses después, el 23 de octubre, llegaban fatigados a Valparaíso y, a fines de noviembre, ya estaban los doce misioneros concentrados en Valdivia.

Por determinación del gobierno y acuerdo con los religiosos franciscanos -acuerdo que no resultó fácil- se encomendaba a los capuchinos las estaciones misionales ubicadas al sur de Araucanía, en los límites de la Provincia de Valdivia; y los recoletos franciscanos asumían el servicio de las estaciones situadas al norte, en la provincia de Concepción (7).

Los primeros días de enero de 1849 los capuchinos recibieron, de manos de sus hermanos franciscanos, estas diez estaciones misionales: Valdivia, San José de Mariquina, Quinchilca, Río Bueno, Daglipulli, Quilacahuín, Coyunco, San Juan de la Costa, Pilmayquén y Trumao.

Todas estas estaciones misionales estaban enclavadas en el territorio correspondiente a la diócesis de San Carlos de Ancud, cuyo límite norte era el río Cautín o Imperial, que la separaba de la diócesis de la Concepción. Casi la totalidad de los habitantes de estas Misiones estaban ya bautizados y en cierto modo, sometidos a la autoridad civil del gobierno de Chile.

Este último detalle resultó un tanto desconcertante para los misioneros que llegaban: ellos venían movidos por la ilusión de trabajar entre infieles y paganos, entre personas que aún no habían conocido la fe cristiana, y de hecho se encontraron con indígenas bautizados y convertidos ya a la fe católica. Alguno de los antiguos cronistas comenta, con un cierto dejo de desaliento, que las estaciones misionales que asumían

los capuchinos "podrían haberse erigido en parroquias, y los misioneros haber dedicado sus fuerzas a la conversión de los que aún eran infieles. Pero el obispo de San Carlos de Ancud no tenía sacerdotes para enviar allí, y por eso los capuchinos tuvimos que permanecer en dichas estaciones" (8).

Pero esta aparente dificultad despertó y estimuló el ánimo de aquellos misioneros capuchinos. Pocos meses después de su llegada a territorio araucano, el Prefecto padre Angel Vigilio de Lonigo planeó una avanzada apostólica, internándose hacia el norte, hacia la región de La Imperial, en el corazón mismo de la Araucanía independiente e infiel. No recibió el apoyo de los capitanes de amigos a los que acudió. Viajó a Santiago y tampoco el gobierno quiso prestarle los medios para la proyectada fundación. Fue providencial el nacimiento, en aquellos mismos días, de la Sociedad Evangélica, destinada a ayudar las misiones entre los araucanos (9).

El padre de Lonigo, apoyándose más en su entusiasmo que en los recursos de otros, se lanzó en búsqueda de nuevos horizontes misionales. Como fruto de estas ilusiones y de estos esfuerzos nació la Misión de La Imperial, cerca de la desembocadura del majestuoso Cautín. Más tarde, nacieron Toltén y Queule. Y muchos otros empeños resultaron infructuosos, como ocurrió en Pitrufrquén, Mañedehue o en los dominios del temible cacique Culín (10).

#### LOS METODOS MISIONALES DE LOS CAPUCHINOS.

Los misioneros capuchinos iniciaron sus trabajos evangelizadores calcando sus métodos misionales en los que hasta entonces habían utilizado los franciscanos recoletos.

Una característica y dimensión típica de todo misionero franciscano -característica que recibió de su fundador, San Francisco- es la de ir entre los infieles. Así se lo manda su Regla y así lo ha vivido la Orden en sus siete siglos. No se trata de ir a los infieles para predicarles, sino de ir a incor-

porarse, a meterse en la realidad de la propia vida de los infieles. Y desde allí anunciará a esos infieles la Palabra del Evangelio. Si bien esta característica no es monopolio de una familia religiosa en la Iglesia, este vivir entre los infieles constituyó un método distintivo para los hijos del santo de Asís. Método que defendieron calurosamente, que procuraron vivir con celo y que les trajo y trae cuestionamientos y críticas muy acerbas.

Esta forma de evangelizar permitía al misionero un acercamiento y contacto mucho más personal con el indígena y, como consecuencia, un conocimiento también más profundo de sus virtudes y defectos que posteriormente ampliará o reducirá su trabajo pastoral con él.

Paralelamente a esta forma de misión estable, existía y se había practicado en Chile el método llamado de "correrías apostólicas" o "misiones volantes". Los misioneros vivían reunidos en colegios o residencias y, aprovechando los meses de buen tiempo, generalmente de septiembre a marzo, salían a visitar a los indígenas que vivían diseminados en grandes extensiones. En estas correrías los misioneros preparaban para los sacramentos, administraban el bautismo a infantes y adultos preparados, bendecían matrimonios, enseñaban la doctrina en un lugar y de allí pasaban a otro, para repetir al año siguiente una visita religiosa semejante. Este sistema, usado por algunos misioneros desde la colonia, mostraba frutos muy evidentes y claros en estadísticas de bautismos administrados y matrimonios bendecidos, pero no siempre producía las conversiones profundas y sinceras que se buscaba.

Por otra parte se objetaba que este método no producía ni alcanzaba los objetivos que la Iglesia y el poder civil se habían propuesto al establecer una misión. Estos objetivos eran principalmente dos: uno, el religioso, que buscaba la conversión de los infieles y la vivencia cristiana de los neófitos y bautizados. El otro objetivo lo podríamos llamar civilizador, porque buscaba la incorporación del indígena a una forma de civilización cristiana concreta y que se expresaba en la vivencia de

éstos en poblados, la sujeción de los mismos a la autoridad civil y la aceptación de formas culturales que eran las más frecuentes en la sociedad de entonces, colonial o republicana.

El contacto estrecho de los misioneros capuchinos con los indígenas que misionaban les hizo comprender y experimentar la inmensa distancia que mediaba entre esas formas civilizadas y la realidad de ese pueblo altivo e indómito. Esto constituía un obstáculo y a la vez un desafío para su ministerio.

No creyeron que se lograría una sociedad auténticamente evangélica utilizando el método de las correrías apostólicas. Desde un primer momento vieron la necesidad de un contacto más directo y profundo con el indígena y, a partir de este contacto, vieron posible el anuncio del evangelio. Ciertamente optaban por un camino que a la larga les resultaría más seguro, pero deberían someterse a una lentitud que desesperó a muchos y que les atrajo severas desaprobaciones.

A la hora de echar a andar su plan, se encontraron con una dificultad muy encarnada en la cultura mapuche: éstos vivían dispersos y el misionero no podía permitirse el lujo de ir evangelizando familia por familia. Como ellos no podían ir hacia los indígenas, vieron la forma de acercarlos sin quebrar su forma secular de vivir. Junto a los edificios misionales construyeron casas de huéspedes destinadas a recibir a los adultos que, viniendo de sus rucas, permanecían tiempos más o menos prolongados en la misión "para hacerse instruir en las verdades de nuestra religión y para prepararlos a recibir con ánimo bien dispuesto los santos sacramentos" (11).

Pero la mayor esperanza la sentaron los misioneros capuchinos en la juventud araucana. Por eso la construcción de escuelas para indígenas despertó su más vivo interés, gastó todos sus recursos y ocupó lo mejor de su tiempo y energías. Tal vez podríamos pensar con justicia que esta dedicación a la juventud se fundamentó en la desilusión de obtener frutos evangelizadores entre los adultos.

Cuando los misioneros hablaban de estos colegios para indígenas, especialmente para hijos de caciques, estaban expresando tres ideas fundamentales, según se colige de la lectura de sus testimonios. Lo primero es su concepto integral de educación, que va mucho más allá de las enseñanzas de algunas materias que no tendrán mayor aplicabilidad en la vida del alumno que vuelve a su casa. Ellos reaccionan muchas veces contra la imposición del método de educación primaria, en vigencia en el resto de la república. Opinan que era mucho más importante dotarlos de sólidos principios cristianos y valores morales, y darles elementos prácticos de agricultura, de técnica o de vida familiar que pudiesen ser aplicados y aprovechados por los alumnos en servicio de su sociedad. Por eso los vemos rebelarse ante el trasplante de métodos foráneos que no responden a las necesidades ni llenan las inquietudes de sus dos.

Otro elemento que vemos repetido en muchos de sus escritos es su fe y su confianza en el mapuche. Ante la opinión común que los consideraba limitados, o frente a las autoridades que muchas veces expresaban que poco o nada se podía esperar de esa raza, los misioneros, en contacto y convivencia muy estrechos con los indígenas habían aprendido a valorar sus virtudes y potencialidades. El padre Adeodato de Bolonia emplaza con energía a un desconfiado director de la Sociedad Evangélica con estas palabras: "Denme, denme dos establecimientos para poder educar a la juventud de ambos sexos y yo me obligo a darles, en el plazo de diez años, una población civilizada compuesta sólo de indígenas" (12).

El tercer aspecto que emerge en el pensamiento de los misioneros de esa época es la clara intuición de la influencia de la mujer en la sociedad araucana. Si bien ellos constatan y lamentan que aparentemente la figura de la mujer poco puede decir y poco puede obrar en esa cultura machista, intuyen el potencial poderoso que podía tener la mujer desde su calidad de esposa y sobre todo de madre. Por eso propiciarán la creación de centros de educación femenina e incluso materializarán sus ideales en planes que desgraciadamente no cristalizaron por falta de apoyo material.

## DECADENCIA DE LAS MISIONES CAPUCHINAS.

La actividad de los misioneros capuchinos se inició en diez estaciones, situadas en la provincia de Valdivia. Paulatinamente fue extendiéndose su campo de acción hacia el norte, sobre todo por la costa, que parecía ser un eje importante de la Araucanía. Tal vez el gobierno y la misma Orden hubiera deseado mayor celeridad en esta expansión; pero las dificultades que se opusieron fueron tales que retardó el ritmo y forma de crecimiento. La época más floreciente de la misión en la segunda mitad del siglo pasado fue la prefectura del padre Alberto de Cortona, en los años 1871-1886.

La decadencia se hizo sentir de improviso y fue vertical. Dos fueron las causas que la condicionaron en forma especial. La primera, la supresión de las corporaciones religiosas en los reinos de Italia. Con esa supresión vino la dispersión de los religiosos en toda la península itálica y el cierre de los noviciados, que fue también el cierre de toda esperanza de obtener refuerzos de personal para la misión.

El primer prefecto, padre de Lonigo, con intuición extraordinaria, había previsto este inconveniente; y solicitó facultad para abrir un noviciado capuchino para formar jóvenes chilenos que después trabajasen las estaciones de Araucanía. Cuando los superiores generales le denegaron esa solicitud, apeló a la autoridad superior y alcanzó la facultad que buscaba. Pero sin fruto. Debido, según las crónicas, a la ineptitud de los chilenos para llevar vida capuchina y por las excesivas condiciones con que la Santa Sede gravó la formación de los postulantes a la Orden y al noviciado capuchino de Santiago (13).

Otras de las causas que incidió directamente en la decadencia de la misión capuchina de Araucanía fue el apostolado de los religiosos entre los fieles y la fundación de hospicios y conventos realizada en varias ciudades del país: Santiago, Concepción, La Serena, San Pedro de Quillota. Los religiosos de

dichos conventos se dedicaban preferentemente a las misiones populares en los campos y a la atención espiritual y pastoral de lugares apartados de los centros urbanos. Para muchos hermanos este apostolado resultó más gratificante que el realizado en la misión de Araucanía y por eso muchas veces fue asumido con mayor interés y empeño. Pero - naturalmente - las consecuencias se hicieron sentir en la misión. Una estadística oficial señala que desde 1848 hasta 1889 llegaron 120 capuchinos, en su mayoría italianos, a Chile. Pero solamente unos 50 prestaron "un asiduo y constante servicio en las misiones indígenas de Araucanía".

Las cartas del Prefecto, padre Alejo de Barletta, años 1893 al 1900, dirigidas al superior general de Roma, acusan el desaliento y la impotencia ante la desproporción de sus exiguas fuerzas misioneras y las necesidades y urgencias del amplio campo misional. Viajó a España en busca de personal. Las promesas fueron mayores que las ayudas. Y por eso éstas resultaron insuficientes. El padre Bernardo de Andermatt, ministro general de la Orden, obtiene la ayuda de la provincia capuchina de Baviera y la misión de Araucanía, entregada hasta entonces al Colegio de Propaganda Fide de San Fidel, pasa a depender de los cuidados de los capuchinos bávaros. En enero del año de 1896 llegan los primeros capuchinos alemanes, y con su llegada se inicia una nueva etapa en la evangelización del pueblo mapuche.

#### FUENTES PARA LA HISTORIA DE LAS MISIONES CAPUCHINAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX.

**A. Fuentes Impresas:** Debemos reconocer que los capuchinos se preocuparon más de hacer historia que de escribirla. Son pocas las fuentes impresas que tratan específicamente este tema. Pero las que tenemos ofrecen un material importante para la investigación. Omitimos algunos trabajos parcelados y señalamos solamente las obras que asumen la historia de las misiones en forma más completa y sistemática.



1. L' Araucania. Memorie Inedite delle Missioni dei FF.MM. Cappuccini nel Chile. Roma, Tipografía Vaticana, 1890; pp.168.

Esta obrita fue publicada por el Secretario General de Misiones Capuchinas de Roma, el padre Antonino de Reschio, antiguo misionero de Araucanía. Es un conjunto de crónicas que relatan preferentemente los orígenes de las estaciones misionales hasta fines del siglo pasado. Estas crónicas han sido escritas por los mismos misioneros, protagonistas de fundaciones y de la vida de las misiones. Por eso es un libro de literatura desigual, de contenido a veces incompleto y parcelado; pero de un valor incalculable por entregar testimonios de primera mano. Está escrito en italiano. Hay una traducción alemana (1964). Ultimamente se ha hecho, en 1984, una versión al español que corre dactilografiada. Esta traducción se puede consultar en el Archivo Provincial de Capuchinos de Santiago y en la Biblioteca del Museo Araucano de Temuco.

2. P. IGNACIO DE PAMPLONA, o.f.m.cap. Historia de las Misiones Capuchinas en Chile y Argentina. 1849-1911. Santiago, Imprenta Chile, 1911; pp. XVI-568.

Obra escrita con criterio sistemático y exhaustivo desde la llegada de los primeros capuchinos a Chile. Además de la relación minuciosa y precisa sobre los orígenes de las estaciones misionales en Araucanía, narra también la vida y las andanzas de los capuchinos en las misiones populares por los campos y su apostolado en los conventos fundados por ellos. Tiene el mérito, entre otros, de estar muy bien documentada en las fuentes, fuentes que el autor ha trabajado con competencia (14).

3. A. NOGGLER, o.f.m.cap. Cuatrocientos años de Misión entre los Araucanos. Libro publicado sin pie de imprenta, de unas 300 pp. aproximadamente. Fue escrito en alemán y, hacia 1979, se hizo la versión -algo deficiente- al español.

Aunque el título habla de "Cuatrocientos años", esta obra estudia preferentemente el desarrollo de la Misión desde la

llegada de los capuchinos bávaros. En este campo está muy bien documentada. Se encuentra actualmente en las librerías.

**B. Fuentes Inéditas:** El actual Archivo de la Misión no contiene los documentos anteriores al año 1928. Un incendio ocurrido ese año los destruyó. A juicio del padre Pamplona, ese Archivo no era muy rico en documentos personales sobre la vida y las actividades de las misiones. Contenía, sí, muchos documentos de carácter legal (15).

Desde hace pocos años, 1979, se ha estado solicitando y obteniendo toda la documentación referente a la Misión Capuchina de Chile existente en el ARCHIVO DE MISIONES, DE LA CURIA GENERAL DE CAPUCHINOS DE ROMA. El material obtenido y existente ya en el Archivo de Capuchinos de Santiago, corresponde a los años 1848 hasta 1925 aproximadamente. Este es un material muy abundante e interesante para el investigador. Casi todo está escrito en italiano. Su contenido se puede agrupar en estos títulos:

a) Relaciones; Los Superiores de la misión debían enviar anualmente a Roma y al Ministerio de Justicia y Culto una relación detallada de lo realizado durante el año y los proyectos y perspectivas para el futuro. Este Archivo contiene un amplio material de estas RELACIONES, material que consideramos más confiable que otras fuentes. Además los misioneros solían enviar una relación particular al Superior General de Roma en la que daban cuenta de sus actividades de cada año. Estas relaciones resultan a veces más personales y subjetivas, limitadas a la experiencia personal y local de quien las escribe.

Opino que entre estas relaciones se deben anotar las que merecen especial atención por la documentación que entregan. A fines de la década del 1880, a petición del Secretario General de Misiones de Roma, algunos misioneros escribieron una historia más o menos completa, de la acción de los capuchinos italianos en Araucanía. Subrayo la importancia de

tres: el padre Fortunato de Drena recopiló documentos y cartas y con ese material formó una Relazione storica delle Missioni dell' Araucania, manuscrito de 164 páginas de interesante lectura. No elabora mucho los datos; injerta trozos de crónicas, redacta tradiciones orales y copia algunas cartas que pueden servir mucho al historiador en sus pesquisas. Hay una traducción al español que no se ha publicado.

Otro tanto hizo el padre Juan de San Juan con su Relatio Historica Missionis Chilensis, de 108 páginas manuscritas. Tal vez mejor elaborada que la anterior, aunque más breve y concisa. Está sólo en su original italiano (16).

Cito también la Relazione delle Missioni del Chili, escrita por el primer Prefecto, padre de Lonigo, a su vuelta a Italia, 1862. Su importancia se fundamenta en que enmarca muy bien la acción de los primeros capuchinos en la historia y acontecimientos de la Iglesia y de Chile de los años 1849-1859. Se trata de un documento un tanto apologético y defensivo. Ha sido publicada su traducción al español en ANUARIO DE HISTORIA DE LA IGLESIA EN CHILE 2 (1984) 199-240.

- b) Comunicaciones: El régimen y gobierno de la misión imponía a los superiores relacionarse con diversos organismos y entidades: existe un abundante material, muy difícil de catalogarlo por su contenido de comunicaciones con: la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, organismo de la Santa Sede que organizaba y regulaba entonces y ahora, las misiones de todo el mundo católico; con el Gobierno de Chile, de quien dependían las misiones y a quien los misioneros debían rendir cuentas, como funcionarios estatales; con la Curia General de la Orden Capuchina en Roma. A través de estas comunicaciones se puede ir hilando todo el movimiento y desarrollo que tuvo la Misión de Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX.
- c) Estadísticas: Datos muy frío, aunque indicadores.

- d) Correspondencia Privada; Aunque particular, expresa y refleja los acontecimientos que se vivían en la misión. Merecen especial mención entre estas cartas las relaciones de algunos misioneros enviadas a los superiores generales de Roma o a los superiores de sus respectivas provincias de origen. Merecen ocupar también un puesto de importancia como fuentes para escribir la historia de la misión.

**NOTAS:**

- 1) Jorge Pinto, El bandolerismo en la Frontera, 1880-1920. Una aproximación al tema. En: Araucanía, temas de Historia Fronteriza. Sergio Villalobos y Jorge Pinto, compiladores. Ediciones de la Universidad de La Frontera, Temuco, 1985. pp.101-122.
- 2) Dr. Joseph de la Sala, Visita General de la Concepción y su obispado por fray Pedro Angel de Espiñeyra, su meritísimo prelado (1765-1769). Estudio preliminar, transcripción y notas de Jorge Pinto Rodríguez. Ediciones Instituto Profesional de Chillán, Chillán, 1986.
- 3) Sobre las misiones franciscanas, la actuación del padre Brancadori y Palavicino, se puede consultar el Archivo del Convento de San Francisco de Chillán, vols. 20, 21 y 22.
- 4) L. Olivares, of , Provincia Franciscana de Chile. pp. 41 y ss.
- 5) C. Oviedo Cavada, o de m. La misión Irarrázabal, pp. 404 y ss.
- 6) Ignacio de Pamplona, of. cap. Historia de las misiones de los padres capuchinos en Chile y Argentina, 1849-1911, Imprenta Chile, Santiago, 1911. El texto completo del contrato en pp. 76 y 77.

- 7) Decreto Supremo 277, de 3 de noviembre de 1848. Su texto original puede leerse en Archivo del Colegio de Misiones Franciscanas de Chillán, Asuntos Varios, vol. 20, 1848-1850, foja 69.
- 8) L'Araucanía. Memorie Inedite delle Missioni dei FF.MM. Cappuccini nel Chili. Tipografía Vaticana, Roma, 1890, p.29.
- 9) El padre Prefecto Apostólico, fray Angel Vigilio de Lonigo, entrega una minuciosa crónica de esta fundación en una relación escrita en 1862. Su texto completo, traducido al español, se encuentra en Anuario de Historia de la Iglesia en Chile 2, 1984, pp. 199-240.
- 10) Existen interesantes narraciones de estas fundaciones frustradas. Ver, por ejemplo, la Relazione storica delle Missioni cappuccine dell' Araucania. Archivo de la Provincia Capuchina de Chile de Santiago, sección "Archivo General de las Misiones Capuchinas, Roma", carpeta 0, ff. 437 y ss.
- 11) Carta del padre Adeodato de Bolonia al Arzobispado de Santiago, 27 de abril de 1853. Archivo de la Provincia Capuchina de Chile de Santiago, sección "Archivo General de las Misiones Capuchinas, Roma", carpeta 0, f.515.
- 12) Carta del padre Adeodato de Bolonia a un miembro de la Sociedad Evangélica. Archivo de la Provincia Capuchina de Chile de Santiago, sección "Archivo General de las Misiones Capuchinas, Roma", carpeta 0, f.506.
- 13) I. de Pamplona, obra citada, pp. 120 y ss, 137 y ss. 144 y ss.
- 14) Esta obra del padre Pamplona se puede consultar en el Archivo de la Provincia Capuchina de Chile de Santiago o en las bibliotecas del Obispado de Villarrica o de los conventos capuchinos.

- 15) I. de Pamplona, obra citada, p.XI.
- 16) Esta versión, de 105 pp. dactilografiadas, se encuentra en el Archivo de la Provincia Capuchina de Chile de Santiago, sección Manuscritos, legajo "Prefectura Apostólica, 1848-1860".